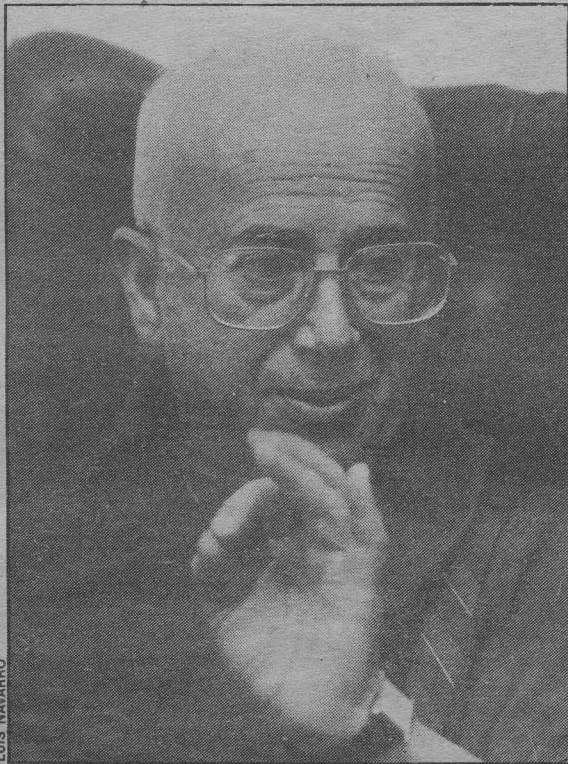
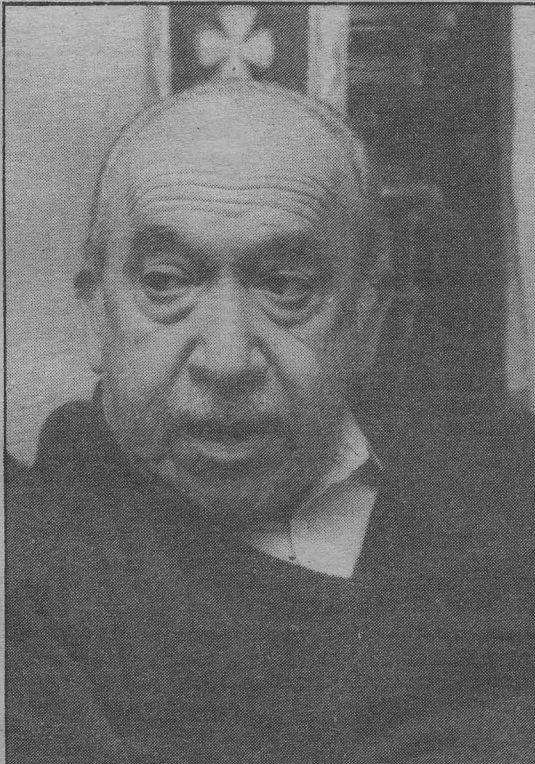


Anécdotas, testimonios y vivencias de dos bandos de capitanes literarios

Hace cincuenta años surgió una gravitante generación. Sus paladines se dividían entre “Angurrientos” y “Mandrágóricos”. Los primeros se preocupaban por el proceso social. Los otros creían en la abstracción. Pero unos y otros querían la renovación de la literatura.



El poeta Gonzalo Rojas, exponente de la generación del 38, deambulante de Norteamérica a tierras chillanas. Las añoranzas testimoniales de Fernando Alegría, paladín de la misma generación.



Como a los 16 años, ya en el Pedagógico, Fernando Alegría escribió su primer libro. El tema era la vida de Luis Emilio Recabarren; el escritor escarbó archivos y conversó con familiares sobrevivientes.

Cuando el libro estuvo listo, Alegría partió a la Editorial Zig Zag. Lo recibió Luis Enrique Délano —padre del escritor—; hizo todo lo que pudo pero finalmente le devolvió el libro, que fue publicado en otra editorial.

La generación del 38

Eso fue hace un poco más de cincuenta años, los mismos que se cumplen ahora del nacimiento de la generación del 38, cuya presencia literaria y política determinó los acontecimientos nacionales a partir de entonces.

“Nosotros queríamos encontrar una identidad —y una expresión de esa identidad a través de la literatura— que interpretara las esencias del alma chilena. Queríamos darle un sentido trascendente distinto al criollista de tarjeta postal que existía hasta entonces. Fue lo que dijimos

en un manifiesto leído durante una velada literaria en el Pedagógico”.

Allí estaban los profesores —Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Rodolfo Oroz—, campeones de aquel criollismo “y resulta que ahora, nosotros apreciábamos como enmendándonos la plana. Pero de todas maneras estaban con nosotros y nos aplaudieron”.

“Nosotros” eran, además de Alegría, Volodia Teitelboim, Baltazar Castro, Guillermo Atías, Gonzalo Drago, Nicanor Parra, Andrés Sabella, y Nicomedes Guzmán, entre otros. Francisco Coloane también, aunque un poco mayor.

De un barrio con carácter

No era gente de vida bohemia. Provenía de la clase media y del mundo popular dentro de ésta. Eran escritores del barrio Recoleta, barrio cuyas puertas lucen una plancha con el nombre del dueño de casa y la efigie del Sagrado Corazón.

“Queríamos crear un realismo con amoblado chileno, no necesariamente francés o espa-

ñol”. El grupo de los “Angurrientos” —se preocupaba por lo social y si no todos eran militantes de algún partido político, sí participaron en la gestión del Frente Popular.

Sus ideas eran compartidas por la gente de teatro que fundaba las compañías experimentales de la Chile y la Católica. “Surgieron Pedro de la Barra, María Maluenda, Bélgica Castro, con gran sentido de la disci-

plina; un sentido de la disciplina casi puritano”. Santa Lucía, que después fue hundido en las costas de África durante la Segunda Guerra Mundial—, todos nosotros a bordo como en una especie de barco de los locos; ese es un tópico latino que a mí me gusta mucho —el de la *stultifera navis*— de los locos medievales”.

“Bueno, íbamos en ese barco; Jorge Jobet usaba una barba hasta la mitad del pecho y unos anteojos largavistas con los que

Nuestro anhelo era encontrar una identidad o expresión a través de la literatura que interpretara la esencia del alma auténticamente chilena. Se trataba de dar un sentido trascendentemente distinto al criollista de rutina

plina; un sentido de la disciplina casi puritano”.

Una travesía inolvidable

También estaban los políticos: Jorge Rogers Sotomayor, Raúl Ampuero, el mismo Teitelboim. “A fines de ese año viajamos a un Congreso Mundial de la Juventud para la Paz que se iba a realizar en Nueva York”. —Viajamos en un barco —el

contemplaba a las bañistas de primera clase; al lado iba Jorge Millas, la luminaria de la filosofía entre nosotros, mareado todo el rato y tendido en el suelo como un Mahatma Gandhi; Teitelboim —que en ese tiempo era aún joven poeta de vanguardia— con mucho pelo, un pelo colorado. Y sigamos con los pelos: Jorge Rogers, completamente calvo desde joven. En ese barco estaban todos los que des-

pués fueron líderes de la DC, los radicales, el Mapu, todos”.

Por otro lado estaban los surrealistas, los poetas de la abstracción, que se juntaban en el Parque Forestal y adoraban a Blanca Luz Brum como su musa. Eran Gonzalo Rojas, Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, entre otros. También estaban los pintores septembristas, que todos los años montaban una exposición en ese mes. “Yo les comentaba que nunca podrían hacer exposiciones en marzo porque entonces, tendrían que haberlos llamado ‘pintores marxistas’ y eso era lo peor que se les podía decir”.

Una lucha de aquéllas

La figura señera de aquel grupo era Vicente Huidobro y había una lucha feroz entre él, Pablo de Rokha y Pablo Neruda.

Los escritores de cada una de las tendencias se juntaban en el Pedagógico, en la Escuela de Leyes y en revistas cuyos editores se sentían satisfechos si lograban pasar del número 1. Entre ellas estaba *Multitud*, *Revista Nueva*, *La Mandrágora*.

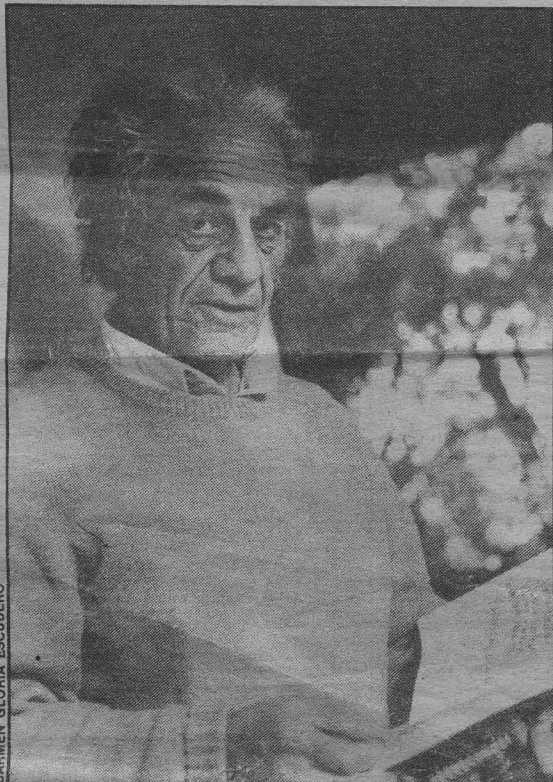
Y a pesar de las diferencias entre sus integrantes —unos por la abstracción, otros por un acercamiento más social; unos con Huidobro, otros con Neruda o De Rokha— la generación del 38 entera buscaba proyecciones más amplias y renovadoras de las letras racionales.

En eso estaban todos de acuerdo y todavía era posible juntarlos a todos en una sola mesa. “Tal como Alone decía, la literatura chilena comenzaba a democratizarse”.

—Las comidas de Pablo de Rokha son un buen ejemplo: podía invitar a diez personas todos los días, y se servían unos platos pantagruélicos. Cuando ganó el Premio Nacional de Literatura, el banquete empezó con dos empanadas enormes y de segundo, trajeron una cabeza de cordero para cada hombre, media para las mujeres, con ojos, dientes y todo; uno se iba comiendo la mejilla, el mentón”.

Pero el ímpetu de las reformas de 1938 se convierte en un movimiento desacelerado y cada uno de los miembros de la generación adopta su propio camino. “Muchos de ellos terminan en ninguna parte; otros abren rutas hacia lugares diferentes y otros, iluminan a las futuras generaciones”.

Aunque sea difícil porque está cada uno en lo suyo —Nicanor Parra en lo ecológico, Gonzalo Rojas entre Norteamérica y el Torreón Los Lleuques, otros en el exilio y el resto ya desvanecido—, a Fernando Alegría le gustaría celebrar el medio siglo con una gran conversación, en la que —a la luz de las décadas— se decantara el símbolo de la Generación del 38 y su gravitación fuese ponderada.



El poeta Nicanor Parra, otro de los “Angurrientos” del 38.